

Un placer entre amigas

Válper Ben

Calipigia

Erotismo, sí,
pero inteligente



www.calipigia.es

✕ calipigia_ed
📷 editorial_calipigia

LUCÍA Y YO NOS HICIMOS AMIGAS EN EL INFORTUNIO, pues a ambas nos despidieron a la vez de la empresa en la que trabajábamos. Aunque la verdad es que el despido para mí fue una suerte, no solo porque gracias a eso trabé amistad con ella, sino porque aquella empresa era un reducto del siglo xx —¡pero de la primera mitad del siglo xx!— que me estaba ahogando poco a poco. Una empresa machista en la que los empleados rendían una absoluta obediencia y respeto a los jefes. A mí me ponía mala ver cómo la secretaria del director acudía a su llamado casi doblando la espalda como un siervo feudal. Por supuesto, las mujeres, aunque éramos mayoría en la plantilla, no ocupábamos puestos de responsabilidad. Yo trabajaba como auxiliar administrativa y Lucía traducía documentación del alemán, pues comercializábamos en exclusiva para España un producto fabricado en Düsseldorf. Incluso la decoración de la oficina, donde predominaba la madera, era antigua y oscura. La sensación era oprimiente y me ale-

gré de tener una excusa para salir de allí y poder buscar algo mejor. De hecho, gracias a la prestación por desempleo pude por fin dedicar tiempo a preparar las oposiciones a bibliotecaria, que era lo que había estudiado y a lo que quería dedicarme, y conseguí así un trabajo con el que ahora soy mucho más feliz.

Todo empezó con el despido de Lucía después de que montara un escándalo cuando don Luis —porque a todos los hombres, dado que ocupaban puestos de responsabilidad, se los trataba de don y señor— le tocó el culo descaradamente. El tipo era un personaje al que yo despreciaba profundamente. Era un comercial tenido en gran estima porque era el que más vendía de la empresa. Más cercano a los sesenta que a los cincuenta, con cierto sobrepeso, tenía un rostro por zonas colorado y deformado por la hinchazón de los años. El pelo encanecido lo llevaba siempre muy corto para ocultar las partes ya claramente despobladas y en un intento algo patético de parecer moderno o juvenil. Era el típico gracioso que cuenta chistes —la mayoría de pésimo gusto—y hace gracias continuamente, pero también era el típico guarro que lanzaba miradas violadoras a las chicas y se permitía libertades que eran abuso de manual. Más de una vez le vi gritar a una empleada «anda, si Maricarmen tiene piernas», levantándole la falda para vérselas —e intentando ver algo más— mientras la chica se la sujetaba y entre risas se marchaba aprisa. También era el que buscaba rozarse contigo si se cruzaba en alguno de los estrechos pasillos de paso y al que esperabas no encontrarte en la parte común

de los baños, por lo que siempre te asegurabas de que estaba fuera de la oficina o localizarlo visualmente en otra zona antes de ir.

Yo había podido driblar todos sus amagos de tocarme a la vez que le lanzaba mis miradas asesinas, que normalmente dejaban claro que no era buena idea buscarme las cosquillas, pero había visto en demasiadas ocasiones cómo trataba a las otras mujeres de la empresa y cómo estas, precisamente por miedo a significarse, fingían tomarlo todo a broma y buscar siempre la forma de no estar cerca de él.

Pero Lucía era distinta y a la primera ocasión en que él quiso tocarle el culo comenzó una revolución. Sus gritos hicieron salir incluso al director general de su despacho justo cuando su secretaria intentaba alejarla del pasillo casi arrastrándola a la fuerza hacia el baño para que se calmara.

Lucía tenía entonces 22 años y era su primer empleo después de terminar la carrera de traducción e interpretación. No llevaba aún ni tres semanas allí cuando el incidente provocó su despido inmediato ese mismo día. Aunque habíamos coincidido alguna vez en el ascensor y habíamos cruzado algunas palabras de cortesía en esos días, no había tenido ocasión de hablar con ella y conocerla en ese poco tiempo, aunque sí que me había fijado en ella porque su presencia no pasaba desapercibida.

Por supuesto tenía el atractivo de la frescura que daban sus pocos años, pero además sus rasgos suaves pero seguros configuraban un rostro de sencilla belle-

za. Aunque lo que desde luego llamaba la atención era su cuerpo y la forma en que lo movía, con firmeza y absoluta seguridad, como si no fueran las primeras veces que pisaba aquella oficina. Su largo pelo castaño solía llevarlo recogido en una coleta alta, lo que resaltaba su cuello, de un tono casi dorado. A pesar de que en su forma de vestir, al menos en el trabajo, no hacía alarde de él, el tamaño generoso y la forma de sus senos destacaban claramente en su figura. Sin embargo, aquellos pechos grandes, cuya forma redondeada y suave se dibujaba con claridad aun vistiendo ropa holgada, no desarmonizaban con el resto de su cuerpo, debido a su estatura, pues nos sobrepasaba a todas, incluso a mí, a pesar de mi metro setenta. No solo el pecho, sino que en el resto de su cuerpo las líneas se curvaban perfectamente en las zonas apropiadas creando un delicioso perfil que hubiera querido firmar cualquier escultor o más bien cualquiera hubiera querido poder esculpir en él con sus propias manos.

Precisamente por eso, era cuestión de tiempo que teniendo un cuerpo como ese moviéndose por la oficina, en cualquier momento el tipejo dejara de resistir la tentación de alargar la mano.

Cuando la vi recoger después sus cosas y me llegó el rumor de que la habían despedido, me pareció una profunda injusticia y en el calor de la indignación escribí un correo electrónico que envié directamente a la lista de distribución de la empresa. En el correo decía que todos sabíamos que don Luis se tomaba muchas libertades con las empleadas y que era él quien debía

ser despedido por su comportamiento y no Lucía, que solo se había defendido de una agresión. En mi imaginación, justo después de enviar el correo, debían llegar otros muchos correos de empleadas corroborando lo que yo decía y pidiendo igualmente el despido del abusador y la readmisión de Lucía. Sin embargo, el resultado fue un clamoroso silencio. No solo en el correo, pues no llegó ningún mensaje, sino también en la oficina, donde el rumorcillo que siempre flotaba fue fundiéndose poco a poco hasta que casi dolía el silencio que se extendió por toda la planta.

Pasaron pocos minutos antes de que se acercara la muchacha de recursos humanos, precisamente una a la que más de una vez había visto cómo don Luis le colocaba sus zarpas «inocentemente» en su antebrazo o incluso en la pierna si estaba sentada mientras le hablaba. Me invitaba a ir al despacho de administración y allí, para mi sorpresa, estaba ya preparado mi finiquito por despido procedente. Por supuesto firmé como no conforme y volví a recoger mis cosas, pero ya no tenía acceso a mi ordenador —era sorprendente cómo una empresa tan anticuada y burocrática conseguía ser ágil en según qué cosas— y no puede llevarme una copia del correo que demostraría que era el desencadenante de mi despido, así que cogí tan solo mi chaqueta y el bolso —pues aquel sitio no lo sentí nunca precisamente acogedor como para llevar a él nada personal— y salí.

Me encontré en el vestíbulo del edificio con Lucía, que hablaba con el portero. Era un hombre muy amable con el que yo me llevaba bien y sin duda Lucía

también, pues le contaba lo que había sucedido y él le deseaba lo mejor diciéndole que lo viera como una suerte, pues seguro que encontraría algo mejor; ella valía mucho más. Cuando me acerqué a ellos, fue Lucía la que se dirigió a mí y, para mi sorpresa, lo hizo por mi nombre:

—Julia, ¿dónde vas tan pronto? —Y quizá al ver mi expresión sospechó algo y añadió—: ¿Ha pasado algo?

Le conté entonces lo sucedido y que lo único que me dolía era que mis compañeras no habían sido capaces siquiera de levantar la cabeza del ordenador para despedirse con una mirada.

—Te lo agradezco un montón, Julia, pero lo siento mucho por ti. No tenías que haberlo hecho, no merecía la pena. Me alegro de no trabajar aquí. Llevaba solo dos semanas y cada vez que entraba por la puerta tenía la sensación de atravesar un portal del tiempo y viajar a 1950. Lo de este cerdo ha sido solo la gota que ha colmado el vaso. Si no me hubieran echado me hubiera ido yo en unos días, pero tú... llevabas aquí un montón de tiempo.

Me sorprendía no solo que conociera mi nombre, pues no habíamos sido presentadas, sino que incluso supiera que llevaba tiempo en la empresa.

—No, solo dos años. —Y entonces me di cuenta de que para ella dos años en un trabajo debía de ser un montón de tiempo—. Y en el fondo yo también me alegro de salir de aquí. Lo único que me jode es tener que ir a juicio para demostrar que es despido improcedente y pelear por la indemnización, que será una

mierda, pero sobre todo para que me quede algo de paro mientras encuentro otra cosa.

—Pues vamos a lucharlo, claro que sí —me dijo mientras me cogía del brazo—, pero de momento vamos a ir a tomarnos un copazo para celebrarlo.

—¿A las once de la mañana?

—Bueno, pues un *brunch*.

Y me arrastró a la calle mientras se despedía del portero tirándole un beso.

Y así, en un día que debería haber sido un recuerdo desagradable en mi vida, fue como conocí a Lucía y se convirtió en el primero de muchos días de risas y amistad.

NO LLEGAMOS A JUICIO. ACEPTARON MI DESPIDO IMPROCEDENTE y con la indemnización y los meses de paro pude estar un tiempo preparando las oposiciones, que finalmente aprobé. Lucía amenazó con denunciar por abuso sexual y la mera idea de que eso pudiera trascender los hizo recular y readmitirla, pero como evidentemente ninguna de las dos partes quería que ella volviera a la oficina, llegaron a un extraño acuerdo —y probablemente totalmente ilegal— por el que le siguieron pagando mes a mes religiosamente hasta la finalización del contrato original, que era de seis meses, aunque nunca más pisó aquel suelo de tarima carcomida.

A pesar de ser quince años mayor que ella, en aquellos días acabamos haciéndonos muy amigas. Me gustaba su espontaneidad y su alegría, que me contagiaba fácilmente, reviviendo en mí ese espíritu juvenil que llevaba algún tiempo aletargado. Nos reíamos mucho y solíamos quedar a menudo para tomar algo, ir de compras juntas o simplemente charlar.

Una noche, cuando volvíamos hacia el metro después de celebrar que ya habíamos solucionado el tema con la empresa, me sorprendió encontrar una cabina de teléfono en la calle. Hacía tiempo que no veía una y de hecho pensaba que ya no existían, así que di un salto de alegría como si acabara de encontrarme con mi peluche preferido de la infancia.

—¡Una cabina! ¡Una cabina! —gritaba, y ella me miraba divertida—. Ah, claro. Tú ni siquiera sabes lo que es.

—Claro que sé lo que es. —Se reía poniendo una divertida expresión de fingida indignación.

—Ya, pero tú no has hablado nunca en una de estas; para ti es pura arqueología. Pero yo las usaba cuando era adolescente. Me acuerdo de bajar a la calle para llamar a mi novio de entonces con un montón de monedas en el bolsillo para que mi padre no me echara la bronca por llamar desde casa.

Cogí el auricular y, sorprendentemente, daba señal.

—¡Funciona!

Ella se reía de ver mi alegría infantil. Bien es verdad que habíamos bebido algo y estábamos muy contentas también por haber cerrado definitivamente las puertas de aquella empresa.

—Espera —me dijo sacando el móvil— que te hago una foto.

Yo posé con el auricular en la oreja, doblando una pierna en el aire con gesto de *pin-up* y ella me hizo varias fotos.

—Me acabo de acordar de una cosa. —Y la vi revolver el bolso buscando algo—. Sí, aquí está.

—¿Qué es?

—El idiota de don Luis —dijo recalcando el tratamiento con tono burlón— me dio su tarjeta. Debía de ser el primer o segundo día y ya se me acercó a presentarse y a contarme estúpidas bromas y me dio una tarjeta. Lo más gracioso es que, además del móvil y el teléfono de la oficina, está también el de su casa.

—¿Y? —No entendía por qué aquello le resultaba tan divertido.

—Pues que aprovechando esta hermosa cabina vamos a llamarle.

—Pero si él no está en casa. Ayer comenzó la feria de Santander y estará allí hasta el lunes.

—Pues por eso. —Y se puso a marcar el número en el teléfono.

Yo no entendía nada, pero cuando una voz femenina preguntó quién era, Lucía puso la voz más dulce y melosa que yo había escuchado nunca y preguntó por Luis. La mujer le dijo que no estaba y ella continuó:

—Es que tampoco me lo coge en el móvil y, como tenía este teléfono, era por si sabía dónde podía estar, porque llevo un buen rato esperándolo en la habitación del hotel y no aparece. Estoy preocupada. Bajó a la farmacia por vaselina hace casi una hora y no ha vuelto.

—Pero ¿tú quién eres? —oía que decía la voz al otro lado, algo irritada, mientras Lucía me hacía un gesto para que aguantara la risa.

—Soy su amiga Susi. ¿Y usted? ¿Es su madre? —No pude contener más la risa y me alejé para reírme a gus-

to. La voz que ponía era dulce e ingenua, pero lo más gracioso era verle a la vez la cara, pues parecía haberse transformado, como una actriz, en su personaje.

Se acercó a mí riéndose.

—Ha colgado.

—¿Y qué crees que va a hacer?

—Me imagino que lo llamará al móvil y le dirá que es un cabrón.

—Bueno, supongo que si le coge el móvil lo podrán aclarar y no llegará la sangre al río.

—Bueno, me da igual. La mujer tiene que saber que es un cerdo, así que igual no le importa, pero si no lo sabe, lo mismo esto le abre los ojos y lo deja, aunque solo sea por gilipollas.

—¿Y por qué le has dicho lo de la vaselina? —le pregunté y entonces me miró con una sonrisa y una expresión que le vería muchas veces más los siguientes meses.

—¿En serio no lo sabes?

—No sé —le dije riéndome—. ¿Por qué?

—Podía haber dicho que había bajado a por hielo o a por preservativos, pero me ha parecido más gracioso que la mujer crea que se la va a follar por el culo a la tal Susi.

Caí entonces en el uso de la vaselina y me dio de nuevo la risa, pero sobre todo me sorprendió la crudeza de su expresión, especialmente después de haberla oído un minuto antes hablar con la voz dulce y acaramelada de Susi. Y a la misma vez, y dado que Susi no era otra que ella misma, me imaginé por un instante la escena en la que era embestida de esa forma.

AL PRINCIPIO ME HABÍA SORPRENDIDO —Y ESCANDALIZADO un poco— precisamente su forma de hablar del sexo, sin vergüenza y sin tapujos. A mí me costaba decir la palabra «follar» y ella en cambio la pronunciaba con naturalidad sin ningún énfasis, fluyendo como una más. Pero, sobre todo, más allá de la palabra en sí, hablaba del propio acto como algo tan habitual o natural como hacer la compra. Me contaba a menudo detalles algo íntimos de sus encuentros con lo que ella llamaba follamigos, pues no tenía novio como tal, sino que solía quedar con algunos chicos a través de una aplicación de contactos, aunque también tenía una agenda de la que tiraba con frecuencia. A mí aquello no me sorprendía, pues sabía que era normal entre los jóvenes, aunque también una amiga de mi edad, que acababa de divorciarse, me contaba que usaba esa forma de conocer gente y también a menudo acababa en la cama.

—Lo que me molesta un poco es que en el fondo si el chico me ha caído bien y no es un perfecto gilipollas,

sabes que vas a acabar follando después de la cena o la cerveza. Y eso le quita un poco de diversión. —Se rio—. Bueno, follar es divertido, claro. —Volvió a reírse—. Me encanta, pero me refiero a que a mí me gusta jugar a la seducción, a poner nervioso al personal, y todo eso se pierde un poco con las *apps* porque ellos ya saben a lo que van. No es como coquetear con un desconocido con el que empiezas a hablar en la cola de la tienda y acabas follando en los servicios del centro comercial.

—¿Eso te ha pasado alguna vez? —no pude evitar preguntarle.

—Bueno, solo una vez. —Se rio—. Y no fue exactamente así, pero sí.

Mi vida sexual era algo más tranquila. Yo llevaba ya cinco años casada con Jorge. Solíamos hacerlo una o dos veces a la semana. Casi siempre era él el que iniciaba el avance y yo o bien lo rechazaba sutilmente antes de que se animara demasiado, o bien lo dejaba avanzar si a mí también me apetecía. De hecho, parecía a menudo que siguiéramos un ritual. Yo suelo girarme de lado para dormir y él comienza a acariciarme la espalda con la mano. Si en ese punto yo emito unos sutiles ruiditos y me agito casi imperceptiblemente, él se anima a bajar la mano y a acariciarme el culo por debajo de las bragas. Si entonces yo no he cambiado de postura, él sabe que puede continuar sus avances y desliza la mano entre mis piernas mientras con la otra me abraza para tocarme los pechos y comienza a besarme en el cuello. Después de un rato de caricias, se anima a frotar con

los dedos los labios de mi vagina hasta que se abren y puede introducirlos entre ellos poco a poco. Normalmente llegado a ese punto no dura mucho antes de que me deslice las bragas y se baje él mismo los calzoncillos para buscar directamente con el pene la entrada. Es entonces cuando tengo que intervenir para cogérselo con la mano, sin volverme, y conducirlo para que la localice, ya que a menudo en su empeño se encuentra siquiera con la unión de las piernas y empieza a moverse como si estuviera penetrándome.

Me gusta especialmente esa postura más que cuando él se sube sobre mí como misionero porque puedo a la vez estimularme el clítoris con la mano sin impedimentos, ya que solo con la penetración no puedo seguir su ritmo, pues a menudo no logra evitar terminar antes que yo y tiene que continuar con los dedos.

Ese es más o menos nuestro ritual nocturno una o dos veces por semana, si bien otras veces soy yo la que lo busca directamente y entonces variamos un poco las posiciones y yo acabo subida sobre él, aunque a menudo él me derriba para ocupar ese puesto, pues si llevo yo el ritmo suele aguantar mucho menos.

La noche en que Lucía y yo gastamos la broma telefónica a la mujer del cabrón de don Luis, llegué a casa tarde, ya cenada, y algo achispada por el alcohol, pero sobre todo por la compañía de Lucía, sus bromas y su alegría contagiosa, que siempre me animaba. Así que Jorge se dio cuenta y al acostarnos no tardó en empezar a acariciarme la espalda, pero esta vez la cosa varió un poco. Cuando él se bajó los calzoncillos y embistió

con el pene erecto buscando a ciegas mi vagina, erró el tiro, como tantas veces, y se acercó a la entrada del ano y, como tantas veces, yo estiré el brazo para agarrárselo con intención de conducirlo como Lazarillo hasta la puerta correcta. Pero aquella noche estaba tan excitada que, al empujar él directamente en el ano, lo sentí dilatarse un poco, lo suficiente para que pudiera entrar al menos la punta del pene y notarla entrar así por primera vez me provocó un placer nuevo que me gustó. Lo agarré con la mano, pero en vez de encaminarlo, lo que hice fue sujetarlo fuertemente para que no pudiera avanzar más y dejé solo que la punta se asomara a la entrada una y otra vez. A él no pareció disgustarle que se lo agarrara con la mano y siguió moviéndose de forma que entraba una y otra vez en mi mano y solo la punta del glande se introducía ligeramente en mi culo. Me excitaba muchísimo sentirlo entrar, aunque fuera siquiera un centímetro y, cuando finalmente sentí su esperma derramarse por mis dedos y entre mis nalgas, yo también terminé con un grito entrecortado y agudo.

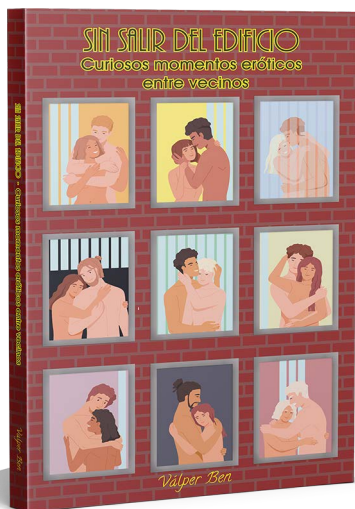
Supuse que él ni se había dado cuenta de que la punta de su glande había estado entrando en mi ano y que simplemente le había resultado excitante que se lo apretara fuertemente y se había corrido por la fricción con la mano y por el contacto del glande con la piel entre mis nalgas. Sin embargo, cuando unas noches después volvió a iniciar el rito de acariciarme la espalda, noté que su pene, aunque tan perdido como siempre, buscaba intencionadamente la entrada más

estrecha. Lo agarré con la mano y lo ayudé a encontrar el camino y noté que, ante la expectativa del placer sentido la última vez, me dilataba algo más y lo dejé entrar de forma que sentí todo el glande dentro. Me dio miedo que me penetrara con brusquedad y me hiciera daño y solo dejé que el glande entrara y saliera una y otra vez produciéndome de nuevo ese placer, pero de forma aún más intensa. Poco a poco notaba que podía entrar un poco más en cada embestida y estaba tan excitada que cuando sentí que se quedaba dentro sin moverse para dejar que su esperma se derramara en mi interior me corrí también. Como siempre, él me abrazó desde atrás y me acarició los pechos hasta que nos quedamos dormidos.

SIN SALIR DEL EDIFICIO

CURIOSOS MOMENTOS ERÓTICOS ENTRE VECINOS

Válper Ben



Sin salir del edificio

*Curiosos momentos eróticos
entre vecinos*

Válper Ben

Páginas: 126

Publicación: 12/06/2022

Tapa blanda: 7,99 €

Ebook: 1,99 €

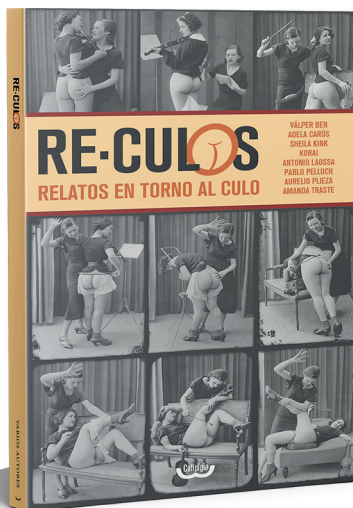
Disponible en Amazon y
en www.calipigia.es

Divertidas situaciones eróticas que suceden en una comunidad de vecinos cualquiera y sin salir del edificio.

¿Por qué cada mañana aparece una prenda femenina en el pomo de la puerta del 1.º izquierda? ¿Cómo llegó la joven que reparte el correo al jacuzzi de un vecino? ¿Cuándo tender la ropa en la azotea fue más tierno? ¿Qué sucedió en el garaje que tanto avergüenza y divierte al joven del 4.º? ¿De qué forma una broma de dos amigas al boomer del 1.º acaba siendo toda una experiencia? ¿Por qué el vecino del 2.º pide a la portera que lo desate cada día? ¿Qué tiene que ver Frank Sinatra en que una cena entre vecinos acabe en un intercambio de parejas improvisado? ¿Cómo llegaron unos pantys desconocidos a la lavadora de la vecina del 3.º?

RE-CULOS

RELATOS EN TORNO AL CULO



Autores: Válder Ben, Adela Carús, Sheila Kink, Korai, Antonio Laossa, Pablo Pelluch, Aurelio Plieza, Amanda Traste

Páginas: 100

Publicación: 14/02/2025

ISBN: 978-84-129865-0-1

Tapa blanda: 9,99 €

Ebook: 2,99 €

Disponible en Amazon y en

www.calipigia.es

Lo llamamos pompis o pandero si atendemos a su forma y tamaño; posaderas si nos fijamos en sus funciones; y trasero por el lugar que ocupa en nuestro cuerpo. Sea por su forma, su función o posición, el culo, a menudo considerado la parte más ínfima y baja del ser humano, nos atrae. Desconfía de quien no te mire a los ojos cuando le hablas, ni el culo cuando te vas, porque si la cara es el espejo del alma, el culo es su azogue. Por eso te ofrecemos en estas páginas ocho culos espléndidos a modo de espejo, si no para verte mejor, al menos para pasar un buen rato.

Confieso que he follado

Aurelio Plieza



Confieso que he follado
Memorias de un diletante
del sexo

Aurelio Plieza

Páginas: 300

Publicación: 06/2025

Tapa blanda: 14,99 €

Ebook: 4,99 €

Disponible en Amazon y
en www.calipigia.es

Cuando Aurelio se decide a escribir sobre sí mismo descubre que lo que ha vertebrado su vida a lo largo de los años ha sido el sexo: su curiosidad por el cuerpo femenino, su búsqueda del placer estético y físico en el el acto sexual y en definitiva la persecución perpetua del erotismo.

Así que no puede ser otro el hilo conductor de su biografía que esa pasión por el sexo que nace en su preadolescencia y lo acompaña hasta el momento en que, prácticamente prejubilado, decide sentarse frente al ordenador a rememorar todos esos momentos, sin escamotearnos nada.

Son tantos y tan apasionados que estas páginas solo pueden abarcar los años de su juventud, quizá los más intensos por estar permeados de las sorpresas iniciales; de ese encanto de lo que sucede por primera vez.



www.calipigia.es